

Seguir al Señor para una iglesia gloriosa

En la reunión anterior vimos una vista general del propósito de Dios con nosotros aquí en la tierra, que culminó en Efesios 3:10 donde nos dice: *“Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales”*. El Señor desea tener Su iglesia, y manifestar, a través de ella, Su multiforme sabiduría a los principados y potestades. La pregunta ahora es: ¿Cómo consigue Él Su iglesia?

¡Sígueme!

Tenemos que ver cómo consiguió Él Su iglesia en el principio. Todo empezó con que Jesús paseando por la playa. Él vio a Pedro, que estaba echando las redes, y le dijo: “Sígueme”. Este dejó las redes y le siguió. Leámoslo en Mateo 4: *“Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres”* (v. 18). Si tú estuvieras pescando y me acercara a ti, y te dijera: “Sígueme”, ¿qué dirías? “Lo siento, estoy ocupado”. Mateo no entra en detalles de lo que ocurrió, pero Lucas nos relata algunas cosas más en el capítulo 5 de su evangelio. ¿Qué fue lo que atrajo a Pedro para dejar todo lo que estaba haciendo, y seguir a Jesús? No solo dejó su trabajo, también dejó a sus padres, e incluso a su mujer. ¿Qué le atrajo? ¡Jesús! Jesús era una persona muy especial. No hay ningún otro como Él, nunca lo hubo, ni tampoco lo habrá. Él tenía una naturaleza y una expresión especial. No se trataba solo de las palabras que hablaba, totalmente distintas a las de los fariseos; Él era muy directo, pero lleno de amor y compasión con las personas, sino que estaba lleno de Espíritu y de vida. Esto es realmente lo que atraía a todas estas personas. Pedro, incluso, dice: *“A quién iremos, tú tienes palabras de vida eterna”* (Jn. 6:68). Aunque también era muy cortante al hablar, para separar la palabra de verdad de la hipocresía de los fariseos. Realmente era una persona maravillosa. Pero muchos, al oír Sus palabras, también dijeron: *“Dura es*

esta palabra; ¿quién la puede oír?” (Jn. 6:60). Aunque tuvo muchos seguidores, al final, solo quedaron doce discípulos. Estos le siguieron hasta la cruz. Fue crucificado, resucitó de los muertos, y sabemos que volvió como el Espíritu para morar dentro de Sus discípulos. Es a través de ese Espíritu, que los discípulos podían actuar, porque era el Espíritu el que obraba en ellos, y no su capacidad humana. No era por medio de una organización humana, sino por medio del Espíritu. Tenemos que discernir lo que es del Espíritu y lo que es del alma, que nada nos impresione sino solo el Espíritu.

El Espíritu es el que da la vida

Veamos ahora algunos versículos sobre el Espíritu en el Evangelio de Juan. Aunque ya los conocemos, siempre necesitamos una nueva revelación. No solo tenemos que ser conscientes del Espíritu sino que tenemos que tocarlo. La Palabra nos dice que el Espíritu es el que da la vida, la carne para nada aprovecha (Jn. 6:63). Si empiezas a discernir lo que es del Espíritu y lo que es del alma, entonces experimentarás más del Espíritu. Esto es lo que deseamos. Nuestra única meta es ver lo que es el Espíritu, Su guiar, Su ser, para que podamos discernir entre lo que es del Espíritu y lo que no lo es, tal como nos dice Pablo en Filipenses 1:10.

En Juan 3 vemos que la vida cristiana comienza con el nuevo nacimiento. Sin el nacer de nuevo, no hay vida: *“El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”* (v. 5). Esta es la condición para entrar en el reino de Dios: tienes que nacer de nuevo a través del agua y del Espíritu. El agua significa el bautismo, el cual significa que me decido por Cristo, que dejo mi viejo yo enterrado, que me arrepiento, me vuelvo al Señor, y comienzo a vivir en Cristo. Y para ello Él me da Su Espíritu, quien va a ser el centro de mi vida y quien me da la vida. Ahora tengo una nueva vida en el Espíritu y concentro todo mi ser en Él, para que pueda saturar toda mi vida. El Señor nos ha dado un gran regalo por Su gracia: ¡Su Espíritu! El Espíritu es el regalo más grande que jamás nadie nos haya regalado. Ningún regalo es superior. Deseamos muchas cosas en nuestra vida, pero, ¡aleluya!, tenemos al Espíritu, Él es vida eterna. Tenemos una vida limitada, con tribulaciones y padecimientos, pero todo lo que pasamos, no es comparable con esa gloria que Dios nos ha preparado con Cristo en la eternidad. Por eso tenemos que apreciar al Espíritu por encima de cualquier otra cosa. A veces nos quejamos de nuestra situación, pero tenemos que mirar al Señor, Él es nuestro tesoro, el don de Dios para

nosotros. Él es la expresión del amor de Dios para nosotros. Dios nos ama tanto que ha dado a Su hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna (Jn. 3:16). El Espíritu es maravilloso hoy en nosotros.

Cuando nace un bebé lo primero que hace, por supuesto, es respirar, pero después, tiene que beber. ¿No sucede así también con nosotros, que primero clamamos, y luego el Señor nos da de beber? ¡Señor Jesús, dame de beber! Cada vez que le invocamos, el Señor nos da de beber. Él se lo prometió a la samaritana en Juan 4: *“Respondió Jesús y le dijo: si conocieras el don de Dios, y quien es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”* (v. 10). Pedro también habla de la leche espiritual en la Palabra. Beber es bueno tanto para los jóvenes en la fe como para todos los que conocemos al Señor desde hace tiempo.

En Juan 6 también vemos que el Señor habla de la comida. Cuando el bebé ha crecido un poco, le damos de comer algo de comida más sólida. El Señor dice *“Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”* (Jn. 6:55-56). Si tienes algún problema con permanecer en Cristo, cómele. Es muy práctico. No te quejes sino bebe y cómele. *“Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así mismo el que me come, él también vivirá por mí”* (v. 57). El Señor nos ha dado una solución para todo. No se trata de conocer o creer en algunas doctrinas, de creer simplemente que Cristo ha sido crucificado y ha muerto por nosotros, sino que el Padre nos ha dado a Cristo para que vivamos por Él. En 1 Juan 4 dice: *“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él”* (v. 9). Esto no tiene que ver tanto con el conocimiento como con la vida que Él nos ha dado, para que vivamos por esa vida.

Esa vida no la puedes perder, pero puedes no vivir por ella. Sería triste tener la vida eterna, al Espíritu dentro de ti y no vivir a través de Él. Ahora tienes la capacidad de vivir a través de Cristo, y Él puede llenar todo tu ser. A veces tenemos pensamientos raros, buenos y malos, que nos distraen, ¿qué debemos hacer? Dile al Señor: *“Señor, yo quiero pensar Tus pensamientos. Tus pensamientos son mejores y más altos que los míos. Señor, yo quiero tus pensamientos”*, entonces, el Señor volverá tus pensamientos hacia Él y los llenará con Su Espíritu de verdad. *“El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha”* (Jn. 6:63) Esta es la senda de la vida a seguir. Simplemente necesitamos saber esto.

En Juan 7:38, el Señor vuelve de nuevo a hablar del beber: “*El que cree en mí, como dice la escritura, de su interior correrán ríos de agua viva*”. A veces estamos apartados o distraídos de la comunión estrecha con el Señor. Pensamos que de nosotros no fluye nada. En esos momentos, podemos preguntarle al Señor: “¿Señor, por qué no fluye nada en mí? Dime, Señor, ¿qué pasa conmigo? Por favor, dame luz”, y el Señor no solamente te dará la luz, sino que también te dará el camino. Esto lo vemos en el siguiente versículo.

“*Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado*” (Jn. 7:39). Aunque el Señor habla del Espíritu, Él tiene el Espíritu, y predica sobre el Espíritu, aquí dice que el Espíritu aún no había venido. Esto nos muestra un misterio, el misterio del Espíritu. El Espíritu aún no estaba “completo”, algo tenía que ser “añadido”, y para eso, Jesús tenía que ser glorificado.

Más adelante Jesús habló del Espíritu que iba a enviar, y al mismo tiempo dijo: “*Vendré a vosotros*” (Jn. 14:18). ¿Es Él el que envía el Espíritu o el que viene? Este es un gran misterio.

En el capítulo 16 también habla del Espíritu de verdad: “*Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que han de venir*” (v. 13). El Espíritu en nosotros es maravilloso. Él es el Espíritu de verdad, y nos guía a toda la verdad, solo tenemos que tomarlo.

El problema de muchos creyentes es que han conocido al Señor, se han convertido, han recibido el perdón de sus pecados, pero, a veces, tengo la impresión de que se olvidan de tomar del Espíritu. Nosotros mismos tenemos ese Espíritu maravilloso, oímos mucho de Él, pero a menudo no lo aplicamos. En Romanos el Señor dice: “*Cómo no nos dará con él todas las cosas*” (Ro. 8:38). Todas las cosas vienen con Él.

El Señor también nos dice que nos despojemos de todos los impedimentos que estorban al Espíritu. En Mateo 16 dice: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame*” (v. 24). El evangelio está también unido a la cruz de Cristo. No se trata de tomar solo las cosas positivas de Dios, sino también de dejar, de abandonar, todo lo que es de esta vida: la carne, el viejo hombre y la vida del alma.

Es el Espíritu de la verdad el que nos guía a la verdad; y porque conocemos la verdad y tocamos esa verdad, podemos ser valientes, y estar dispuestos a dejar nuestro yo, por amor al Espíritu.

Como me envió el Padre, así también yo os envío

Ahora venimos a Juan 20, al momento del cumplimiento de Juan 7, el día de la resurrección. “*Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros*” (Jn. 20:19). Los discípulos estaban escondidos por temor a los judíos. Eran un puñado de personas sin esperanza, decepcionadas y asustadas. Pero, estando en esa situación, llegó Jesús, el mismo Jesús que había resucitado, y no solamente resucitado, sino que también había ido al Padre, al Trono, y que había vuelto, y les dijo: “*Paz a vosotros*”. Imagínate la situación de los discípulos: Jesús había sido todo para ellos; lo habían abandonado todo por Él, pero lo habían crucificado delante de sus ojos, y ahora lo habían perdido todo. Estaban en una situación psicológica terrible. Pero, de repente, en el día de la resurrección, Jesús viene y les dice: “*Paz a vosotros*”. Imagínate cuánto se alegraron cuando vieron a Jesús, y les dijo esto. Cuando el Señor dice: “paz”, entonces verdaderamente hay paz. Cuántas veces estamos inquietos interiormente, y venimos al Señor y Él nos dice: “La paz sea contigo. Tienes demasiada agitación, mira, aquí estoy yo”. La presencia del Señor realmente nos consuela. El Señor, Quién es el Espíritu, es nuestro Consolador. Necesitamos mucho más consuelo de lo que pensamos. A veces queremos apartar nuestras preocupaciones, pero no tenemos que apartarlas, lo que tenemos que hacer es venir al Señor. Él es el Resucitado, el Ascendido y el que ha vuelto como el Espíritu.

Después de mostrarles el costado y las manos, para que estuvieran seguros de que no era cualquier aparición, sino Jesús mismo, les dijo: “*Como me envió el Padre, así también yo os envío*” (Jn. 20:21). No les dijo: “Ahora tenéis que hacer esto y aquello, y predicar el evangelio aquí o allá. No, no fue así. Pero, ¿cómo envió el Padre al Hijo? Él era uno con el Padre, en naturaleza y en todo. Él tenía el Espíritu, pero también tenía Su propia voluntad, y a pesar de ello, dijo: “Padre, aquí estoy para hacer Tu voluntad”. El Señor siempre estaba en contacto, en unión con el Padre, y no hacía nada que no viera hacer al Padre, ni decía, ni hablaba nada que no hablara el Padre. Incluso cuando sanaba siempre era en coordinación con el Padre. Siempre estaba en unión con el Padre. Nunca discutió con Él. Por el contrario, nosotros, pensamos: “Bueno, yo ya sé lo que quiere el Padre, ya sé cómo es Él”, y actuamos por nosotros mismos, con nuestros propios

pensamientos, hasta que todo se tuerce y nos damos cuenta que estamos en nuestro yo, y tenemos que reconocer: “Señor, quiero ser dependiente de Ti. Estoy aquí para hacer solo Tu voluntad”. El Señor realmente nos quiere guiar.

La vida de los discípulos cuando Jesús estaba en esta tierra era muy excitante. No consistía simplemente en seguir a Jesús. Ellos estaban con Él y Él les hablaba, les revelaba la verdad y la voluntad del Padre. En aquel tiempo los discípulos todavía no tenían la capacidad de obedecerle como Jesús obedecía al Padre, porque el Espíritu aún no había venido, pero después de Su resurrección, el Espíritu los capacitó para seguir al Padre de esa misma manera, como Jesús, tan obediente, tan lleno de justicia y de santidad. Él es justo, santo, puro, un hombre tan maravilloso, un hombre glorioso. De esa manera debemos ser nosotros y seguir al Padre. Él y el Padre eran uno no solamente en Su ser y naturaleza, sino también en el actuar práctico; y en esa unidad con el Padre estaba Su autoridad. La autoridad de Jesús resultó de la comunión con el Padre. Si no tenemos esa comunión íntima con el Padre no tenemos ninguna autoridad. Por eso nosotros necesitamos esa unión constante, para que también podamos orar con esa autoridad o potestad. No se trata solo de oír lo que el Señor quiere, sino también de actuar como Él quiere. Estamos acostumbrados a oír, y eso es bueno, porque la fe viene por el oír, el oír correcto, oír al Señor, no por oír una predicación interesante, llena de palabras. El camino no es invitar a tal o cual pastor, porque cuando él predica vienen muchísimas personas. El camino del Señor es que cada uno de nosotros oiga lo que el Espíritu habla. El Espíritu nos habla a cada uno de nosotros. No pienses que el Espíritu le habla solo a una persona, y si seguimos a tal persona entonces estamos en lo correcto. Debemos avanzar en conocer más al Padre por nosotros mismo.

El Cristo glorificado

Una vez que se les apareció, el Señor hizo algo maravilloso: “*Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo*” (Juan 20:22). Él sopló dentro de ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”. Este Espíritu es el que aún “no había venido” en Juan 7, pero que ahora ya estaba, porque Jesús había sido glorificado. Lo humano en Jesús fue glorificado, y esta humanidad de Jesús fue “añadida” al Espíritu, para que también la podamos recibir. Nuestra mayor exigencia tiene que ver con nuestra humanidad. Muchas veces oro al Señor: “Señor, necesito Tu humanidad”,

y una y otra vez reconozco lo pobre que es mi vida del alma. Pero tenemos el Espíritu Santo que está dentro de nuestro espíritu. Realmente este es un regalo maravilloso y eficaz. Toda la vida de Jesús, junto con Su humanidad está en el Espíritu. Por eso es útil y bueno para todo.

Cuando Él envió a los discípulos, lo hizo en unión con el Espíritu Santo. Primeramente, Él dice: “*Yo os envío*”, pero luego les da el Espíritu. El Espíritu no solo es para nuestra salvación o para nuestro bienestar, también nos consuela, nos guía, nos saca de las situaciones difíciles, nos libera, pero si todo esto se queda solo en nosotros, y no tiene ninguna repercusión hacia los demás, entonces no hemos entendido el hecho de que Dios nos envíe. Tenemos que ser conscientes, de que hemos sido enviados. De igual manera que el Padre envió al Hijo, Él nos envía. Ahora estamos equipados de la misma manera que lo estaba el Señor, con todo Su poder y autoridad, y tenemos que aplicarlo, sobre todo, en oración. Como Cuerpo, en la oración de la iglesia, debemos ejercer la autoridad de Dios en la tierra. ¡Gloria al Señor!

¿Me amas? ¡Pastorea!

Después de que Jesús se les apareciera, y los enviara, ¿qué hicieron los discípulos? En el capítulo 21 de Juan nos dice que se fueron a pescar. ¿Habiendo recibido el Espíritu, a Dios mismo, que es plena sabiduría, en sus espíritus, se fueron a pescar? A veces nos encontramos en esa situación: en la barca, pescando, a cien metros de la playa, y habiendo estado toda la noche sin pescar nada. Pero en la orilla estaba el Señor, y les dijo: “*¿Tenéis algo de comer?*” (Jn. 21:5). Y ellos le respondieron: “No”, no tenemos nada. Entonces el Señor les dijo: “*Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis*” (v. 6). La echaron, y ya no pudieron sacarla por la gran cantidad de peces que tenía. Pescaron 153 peces, y los trajeron a tierra. Posiblemente pensaron: “Bueno, ya tenemos algo para comer”, pero cuando llegaron a tierra, el Señor ya les había preparado pescado, en el fuego. Todo estaba preparado para los discípulos. Con esto, Él quería educar a Sus discípulos. ¿Tenían ellos algo de comer para darles a los demás?

Después llamó a Pedro, y le dijo: “*Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. El le dijo: Apacienta mis corderos*” (v. 15). Y le volvió a preguntar: “*¿Me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis*

ovejas”; y por tercera vez: “*Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas*”. Esta es la manera en que Dios nos envía. El Señor quería que pastoreara y le diera de comer a Sus ovejas. Pedro solo pensaba en los peces (el Señor, de hecho, le había dicho que lo haría pescador de hombres), pero ahora le pedía que pastoreara Sus ovejas.

Hace poco estuve hablando con un evangelista sobre la iglesia. Él me dijo que su labor no era la iglesia, él solamente tenía que predicar el evangelio. Pero el Señor hizo de Pedro un pastor. Tú tienes que ser pescador y también pastor, porque a las personas que “pescas”, también tienes que pastorearlas, y edificar la iglesia. El resultado de esto se muestra en Hechos 2, donde todo esto se hace práctico.

Para terminar, en Juan 21, después de amonestar a Pedro para que pastoreara a Sus ovejas, le dijo: “*Sígueme*”. Pero, “*volviéndose Pedro, vio que le seguía el discípulo a quien amaba Jesús... dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste?*” (vv. 20-21). Hacía un momento él estaba oyendo como el Señor le decía: “*Pastorea mis ovejas*”, pero ahora él mira hacia los discípulos, y el Señor le dice: “*Y que a ti, sígueme tú*”. ¿A ti que te va? Sígueme a Mí. Las comparaciones con las personas son estrategias del enemigo, el Señor quiere que cada uno de nosotros le sigamos a Él, y solo a Él, y para ello tenemos que conocerle. Necesitamos una relación íntima con Él. El Señor nos dice: “*Sígueme tú*”. Él nos lo dice a cada uno de nosotros. Sobre todo, cuando se trata de edificar Su iglesia, tenemos que estar muy atentos a Su guiar. Él nos guía a cada uno en particular y también en la comunión, en un solo Cuerpo.

Los Rubios, Málaga, Dic. 2016 GR